



Analphabetismo científico

El 6 de abril de 2009, un sismo de 6.3 grados de magnitud afectó una buena parte de Italia central, principalmente a la región de los Abruzos (famosa por sus vinos generosos); la ciudad que más lo sintió fue precisamente la capital, L'Aquila, donde 309 personas perdieron la vida. Tres años después, el 22 de octubre de 2012, todos aquellos que tenemos un razonable nivel de preparación científica o tecnológica, nos despertamos con una noticia por demás inquietante y, sin duda alguna, sumamente indignante: el encabezado de un sitio de noticias lo resumía así: "Científicos italianos condenados a seis años de cárcel por no advertir posible terremoto".

La defensa de los científicos argumentó que en la actualidad no existe ninguna manera de predecir un terremoto; pese a ello, la Corte declaró culpables de homicidio a seis reconocidos científicos, entre los que se encontraban el presidente del Instituto Nacional de Geofísica y Vulcanología de Italia, el jefe de la Oficina de Riesgos Sísmicos en el Departamento de Protección Civil de Roma, el director del Centro Nacional de Sismología y el presidente del Centro Europeo para la Capacitación e Investigación en Ingeniería Sísmica. Parecían superados los peores años del oscurantismo de la Edad Media, incluso del Renacimiento, cuando se condenó a la hoguera a Giordano Bruno por sus enseñanzas sobre los múltiples sistemas solares o a Galileo Galilei, quien fue puesto en arresto domiciliario de por vida por defender un universo heliocéntrico.

Esto es tan solo un ejemplo de lo que hoy en día conocemos como analphabetismo científico, un concepto definido por el fisiólogo argentino, doctor Marcelino Cerejido, como "la incapacidad de interpretar la realidad a la manera de la ciencia moderna sin recurrir a

milagros, revelaciones o dogmas"; una modalidad de analphabetismo que consiste no sólo en ignorar datos de índole científica y tecnológica, si no —lo que es más grave aún— ignorar que se ignora; una variante mucho más generalizada de lo que podríamos suponer.

Pero no vayamos tan lejos, la Encuesta sobre la Percepción Pública de la Ciencia y la Tecnología (Enpecyt), diseñada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, aplicada en 2017 en nuestro país, arrojó resultados verdaderamente desesperanzadores: 34 por ciento de la muestra está de acuerdo con la afirmación: "algunas personas poseen poderes psíquicos", 26 por ciento cree en los números de la suerte, 30 por ciento cree que los primeros seres humanos convivieron con dinosaurios y un estremecedor 46 por ciento califica de peligrosas a las personas dedicadas a la investigación científica por los conocimientos que poseen. El 72 por ciento de las personas encuestadas confía más en la fe que en la ciencia y más de 77 por ciento identifica a la acupuntura, la homeopatía y hasta las limpias como medios para el tratamiento de algunas enfermedades.

Definitivamente, algo no estamos haciendo bien en la formación científica y tecnológica de nuestros ciudadanos, o estamos dejándolo de hacer, y seguramente ese algo ocurre en algún momento de su infancia: un estudio efectuado en el año 2012 por la Academia de Ingeniería titulado "Estado del arte y prospectiva de la ingeniería en México y en el mundo", llama la atención; la conclusión obtenida a través de una encuesta, llevada a cabo por el Centro de Investigación en Modelos Educativos (CIME) y aplicada a 446 alumnos de cuatro escuelas primarias de la Ciudad de México, reveló que cerca de 70 por ciento de los niños del tercer grado manifestaron gusto por las matemáticas, pero al llegar al

sexto grado esta cifra decreció a 28 por ciento; 60 por ciento de los niños de tercer grado se sentían seguros de sus conocimientos de matemáticas, pero de los que cursaban el sexto grado esta cifra tan solo alcanzaba 39 por ciento. Lo anterior es tan sólo un ejemplo que demuestra nuestra incapacidad para transmitir a nuestros chicos el gusto y la vocación no sólo por las matemáticas en particular, si no por las ciencias, la ingeniería y la tecnología en general.

Carl Sagan, quizá el más extraordinario divulgador de la ciencia y la tecnología que haya existido, escribió en 1995 en su magnífico libro *El mundo y sus demonios. La Ciencia como una luz en la oscuridad*: "Crecemos en una sociedad basada en la ciencia y la tecnología y en la que nadie sabe nada de estos temas. Esta mezcla combustible de ignorancia y poder, tarde o temprano, va a terminar explotando en nuestras caras". Creo que las instituciones de educación superior, como la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, deben ser capaces de colocarse a la vanguardia y ser punta de lanza en una cruzada para la alfabetización en ciencia y tecnología de nuestra población en todos sus niveles, alfabetización que contribuya a evadirnos de ese conformismo que nos ha llevado a ser un país consumidor de tecnología y de ciencia extranjeras, y que también contribuya a tratar de minimizar los efectos de esa inminente explosión a la que aludía Sagan.

Es por ello que en la Facultad de Ingeniería, hace poco más de cinco años, creamos nuestros grupos de divulgación de ciencia y tecnología bajo el lema *Ingeniosos divulgando*, como respuesta al compromiso de nuestra Universidad con la sociedad, a través de una de sus funciones sustantivas: la extensión de la cultura, pero también del conocimiento. **UP**